

Myrtia, n° 18, 2003, pp. 169-187

CICERÓN, EPIGRAMA 1 SOUBIRAN: CUESTIONES DE ATRIBUCIÓN
E INTERPRETACIÓN HISTÓRICA Y LINGÜÍSTICA

ALFREDO M. MORELLI
Università di Cassino*

Summary: This epigram and the other two extant ones ascribed to Cicero can be seen as representative of the typical Roman epigrammatic taste in the age of the late Republic. *Mittere* in the first verse is to be interpreted as a technical term used in land-surveying: 'to draw (or to mark) the boundary line, to delimit'. The whole epigram would indicate a derisive *metatio* of the small estate of Vetto, whose extent can be covered by a sling throw, if not even an unsuccessful one, as the stone falls from the sling-pouch and lands by the slinger's feet. Like the other two, this epigram can also be attributed to Cicero, although some doubts still remain, concerning prosody of final short *-o* of *Vetto* (not attested, but not impossible in the age of Cicero) and especially a couple of idiomatic peculiarities which are found also in Ovid.

Este artículo reproduce el texto de mi conferencia en la Universidad de Murcia, en noviembre de 2002. Quiero dar las gracias a los colegas murcianos, en particular al profesor José C. Miralles Maldonado, por su muy amable invitación¹. El epigrama que voy a analizar está asignado por la tradición a Cicerón, pero ha sido objeto de un vivaz debate en el ámbito científico acerca de su atribución y exegesis.

Quizás será útil recordar que nos llegó noticia de otros dos epigramas de Cicerón y que muchos estudiosos dudan también de su atribución. Ya escribí

* **Dirección para correspondencia:** Dr. A. M. Morelli, Dipartimento di Filologia e Storia, Università di Cassino, Via Zamosch 43, 03043 Cassino (Fr) Italia, alfredo.morelli@libero.it

¹ Quiero agradecer muchísimo a los amigos Leopoldo Gamberale, Yorick Gómez Gane y Salvatore Monda, con los cuales tuve conversaciones para mí muy instructivas sobre el asunto de este escrito.

mucho (quizás demasiado) sobre la autenticidad de los fragmentos 2 y 3 Soubiran², y no quiero aquí abusar otra vez de la paciencia de los lectores.

Quisiera solo muy rápidamente recordar unos datos esenciales, que nos pueden ayudar en la interpretación del epigrama 1.

El fragmento epigramático 2 Soubiran es un carmen que nos transmite Macrobio (*sat.* II 3,6): se trata de un chiste contra el cónsul Caninio Rébilo que abandonó su cargo el día mismo de su elección: *vigilantem habemus consulem Caninium / qui in consulatu somnum non vidit suo* («tenemos en Caninio un cónsul incansable, pues en su consulado no se durmió nunca»). Cicerón escribiendo a su amigo Curio utiliza la misma salida (*Fam.* VII 30,1 *ita Caninio consule scito neminem prandisse. Nihil tamen eo consule mali factum est; fuit enim mirifica vigilantia, qui suo toto consulatu somnum non viderit*: «sepas que durante el consulado de Caninio nadie almorzó, durante su consulado no hubo nada malo, pues él fue tan admirablemente cuidadoso que no durmió nunca durante todo su consulado»). El epigrama tenía que ser muy famoso en la sociedad culta, pues Macrobio dice que Cicerón lo repetía frecuentemente (Macr. *ibid.*). Es muy interesante ver que los versos no están escritos en el metro griego (mejor dicho, ‘a la manera griega’) más utilizado en ámbito epigramático helenístico, o sea, en dísticos elegíacos, sino en el metro más tradicional de la poesía escénica y *tout court* arcaica romana, en senarios yámbicos. La producción de epigramas satíricos romanos de esta época, tanto de ataque político o de propaganda, como, sencillamente, de broma *ad personam*, puede aparecer indiferentemente en metro elegíaco o yámbico-trocaico, pues hay una muy fuerte tradición romana popular de chistes y salidas en senarios o en *versus quadrati* (*occentatio, fescennina iocatio, carmina triumphalia*). Entonces, la producción culta retoma no solamente las temáticas, sino también los metros de una antigua tradición popular, y no siempre para una más rápida y eficaz difusión de los chistes propagandísticos contra personajes políticos: hay epigramas satíricos literarios en senarios de edad silana (Manilio 1 Morel, contra un tal Casco) y cesariana (Furio Bibáculo 3 Morel, contra el erudito Orbilio, si se trata efectivamente de un epigrama) casi seguramente no de argumento político. El epigrama de Cicerón se inserta en una muy amplia producción contra los ineptos cónsules, o magistrados, de la época de César, a menudo nada más que títeres en manos de los personajes más influyentes, y blancos de la propaganda adversaria: hay otro epigrama anónimo de la misma edad (*inc. aevi Catull.* 18 Mor. *non Bibulo quiddam nuper sed Caesare factum est: / nam Bibulo fieri consule nil*

² A. M. Morelli, *L'epigramma latino prima di Catullo*, Cassino, 2000, p. 180 s.; Id., “L'eternità di un istante. Presupposti ellenistico-romani della poesia leggera di Catullo tra cultura letteraria, epigrafica e ‘mondana’”, *A & R* 46, 2001, pp. 59-79, 62 y 66.

memini: «de un tiempo a esta parte nada se ha hecho bajo el consulado de Bíbulo, sino bajo el consulado de César, / pues no recuerdo nada hecho durante el consulado de Bíbulo»), transmitido por Suetonio (*Iul.* 20), muy similar en la temática agresiva contra Bíbulo, colega de consulado muy débil de César, y contra César mismo: Suetonio afirma que este epigrama en dísticos fue muy difundido en Roma, no solamente en los círculos políticos o intelectuales (*ut ... vulgo ... mox ferrentur hi versus*): entonces, hubo una ósmosis de metros y temáticas entre epigrama culto y popular, pues amplias capas sociales pueden, ya en esta época, comprender y agradecer un carmen escrito no en los metros tradicionales ‘populares’, sino en el refinado dístico elegíaco. En senarios hay otro epigrama contra uno de los cónsules del año 43 a. C., Ventidius Bassus (*vers. pop. in Caes.* 7 Morel *concurrите omnes, augures, haruspices! / portentum inusitatum conflatum est recens: / nam mulas qui fricabat consul factus est* «¡acudid todos, augures y arúspices! / apareció de repente un prodigio inusitado: / al que bruzaba las mulas lo eligieron como cónsul»: quizás hay un doble sentido obsceno en el verbo *fricabat*, como demuestra aún en nuestros tiempos el verbo italiano ‘fregare = follar’); contra un tal pretor Rufo (quizás L. Plotio Planco, asesinado en el mismo año 43 a. C.) hay otro epigrama, *inc.* 21 Morel, en coliambos. No hay razón para negar la atribución a Cicerón del epigrama, sobre la base del presupuesto, no demostrado y tautológico, que Cicerón no escribía sus chistes en versos, sino en prosa³: el epigrama es tan típico del humorismo del Arpinate y tan congruente con la cultura de su época, que no se puede pensar que tenemos aquí un ejercicio de escuela quizás escrito mucho tiempo después de la muerte de Cicerón y basado en su salida de *Fam.* VII 30,1.

Más divertidas son las razones que inducen a muchos estudiosos a negar la autenticidad del epigrama 3 Soubiran. No tenemos el texto exacto del epigrama, sino sencillamente el testimonio de Plinio el Joven (*epist.* VII 4). Plinio, que quería disculparse con su amigo Poncio porque componía poesía ‘fútil’ como la epigramática, afirma que había leído un breve carmen erótico de Cicerón en un libro de Asinio Gallo, en el cual el autor confronta las obras de su padre, Asinio Polión, y del mismo Cicerón: en ese epigrama, el poeta se quejaba porque el amado Tirón no le dio unos besos que le había prometido antes, durante la cena (*nam queritur [scil. Cicero] quod fraude mala frustratus amantem / paucula cenato sibi debita savia Tiro / tempore nocturno subtraxerit*: «Cicerón se queja que Tirón, defraudando a su amante, / prometió darle unos besos después de la cena / y de noche se los negó»). Soubiran y muchos otros no creen que el epigrama pueda ser de Cicerón, pues no sería ‘conveniente’ para un personaje

³ Tal argumento se encuentra en G. Monaco, “Su alcuni versi pseudociceroniani”, en AA.VV., *Poesia latina in frammenti*, Genova, 1974, 175-178.

como él, tan destacado en la sociedad y en el mundo político romano, escribir un carmen tan melindroso y escandalosamente lascivo⁴. En ese argumento hay una amena *pruderie* que no tiene en cuenta la gran difusión en la sociedad culta romana ya de la época de Sila del epigrama erótico a la manera de Meleagro, sentimental hasta lo cursi, agudo y conceptista en la continua variación de los mismos tópicos, que todos juntos forman como las diferentes etapas de una biografía amorosa ejemplar (enamoramiento, penas de amor, sometimiento a la persona amada, sufrimiento por sus traiciones etc.). Este tipo de epigrama tenía que ser una verdadera moda de salón, símbolo de estatus y de finura cultural, en un primer momento en los estratos altos de la sociedad, luego (pero muy pronto) también en las emergentes clases burguesas e incluso 'provincianas', como demuestran los grafitos de Tiburtino en Pompeya (*CIL* 4966-4973 = *CLE* 934-935)⁵. Ya Lutacio Cátulo, el cónsul colega de Mario en 101 a. C., aristócrata muy influyente del partido de Sila, había escrito un epigrama (2 Morel), en el cual exaltaba la hermosura del joven y famoso actor Roscio, más bello incluso que el dios de la aurora, en términos típicos del epigrama helenístico homoerótico⁶: ¿por qué tendría que ser escandaloso el homenaje epigramático a Tirón del (presumiblemente) aún joven Cicerón? Estos epigramas se caracterizan seguramente por su refinada, sonriente malicia y un cierto gusto por la frivolidad que reexamina con humorismo la tradición cultural y literaria romana, pero sin desacralizarla, sólo queriendo enriquecerla de nuevos géneros poéticos y registros expresivos que tengan el paso con la refinada cultura griega contemporánea: la carga innovadora y moderadamente anticonvencional de Cátulo se transforma tempranamente en inocuo *bon ton* de la alta sociedad. El asunto del epigrama de Cicerón es muy típico de su época y ya de la *Guirnalda* de Meleagro: no creo necesario hablar de la gran difusión del tema del beso en el epigrama erótico helenístico, sino llamar la atención sobre el tópico del beso dado al (o recibido por el) jovencito amado reluciente, reacio a conceder su gracia al enamorado. Confróntense dos epigramas anónimos de la *Guirnalda*: en *Anth. Pal.* XII 90 un beso dado a un jovencito es la única ganancia de un amor infeliz, que el amado no corresponde; en otro (*Anth. Pal.* XII 124) el beso es 'robado', dado sorprendiendo al joven o hasta contra su voluntad. Un epigrama de Catulo desarrolla el *topos* en manera muy similar (c. 99): el poeta 'roba' un beso a Juvencio, que, sin embrago, lo castiga duramente, adoptando una actitud hostil y desdeñosa. En el epigrama de Cicerón, el tópico se entrelaza con otro, también muy difundido en el epigrama

⁴ Cf. J. Soubiran (ed.), *Cicéron. Aratea, fragments poétiques*, Paris, 1972, p. 67 s. y 298; *contra*, cf. ya A. Cameron, *The Greek Anthology from Meleager to Planudes*, Oxford, 1993, p. 54.

⁵ Cf. Morelli, *L'epigramma ...*, *cit.*, pp. 237-257.

⁶ Cf. Morelli, *L'epigramma ...*, *cit.*, pp. 152-164.

helenístico, todavía en la época de Meleagro: las promesas no mantenidas del jovencito amado (o de la *puella*)⁷. En conjunto, se pueden confrontar los epigramas, muy conocidos, de Calímaco (*Anth. Pal.* V 6) y Meleagro (*Anth. Pal.* V 8), que inspiraron a Catulo su carmen 70. En particular, una situación muy recurrente es la siguiente: el amado o la muchacha prometió al enamorado no un beso, sino una noche de amor; el *amator* sale de su casa con muchas esperanzas, llega al portal de su pareja y lo encuentra cerrado, pues el *partenaire* no quiere recibirlo. De aquí tiene, muchas veces, su origen el tema del *paraclausithyron*, la lamentación (generalmente nocturna) del enamorado delante del portal de su pareja: se pueden confrontar tres epigramas de Asclepiades, *Anth. Pal.* V 7, 164 y 189; cfr. también *Anth. Pal.* V 52, Dioscórides; de nuevo *Anth. Pal.* XII 90, anónimo. En otro epigrama de Asclepiades (*Anth. Pal.* V 150) se da la situación inversa: la muchacha promete al enamorado que irá a la casa de él para pasar la noche juntos; el enamorado la espera toda la noche, pero ella no llega. Esta es seguramente la tradición poética con la cual se relaciona el epigrama de Cicerón: su carmen tenía que ser una variación en tono menor sobre estos temas, convencional y hasta banal, pero con su largo *background* culto.

Vamos ahora a analizar el epigrama 1 Soubiran. Quien lo transmite es Quintiliano, en un pasaje de la *Institutio oratoria* en el cual habla de los *genera minuendi* (VIII 6, 73):

Nec pauciora sunt genera minuendi:

'vix ossibus haerent.' [= Verg. *ecl.* 3,102]

Et quod Cicero [est] in quodam ioculari libello:

'fundum Vetto vocat quem possit mittere funda:

ni tamen exciderit qua cava funda patet.'

Sed huius quoque rei servetur mensura quaedam. Quamvis enim est omnis hyperbole ultra fidem, non tamen esse debet ultra modum, nec alia via magis in cacozelian itur. Piget referre plurima hinc orta vitia, cum praesertim minime sint ignota et obscura. Monere satis est mentiri hyperbolen, nec ita ut mendacio fallere velit. Quo magis intuendum est quo usque deceat extollere quod nobis non creditur. Pervenit haec res frequentissime ad risum: qui si captatus est, urbanitatis, sin aliter, stultitiae nomen adsequitur.

⁷ Sobre la combinación de estos dos tópicos, cf. ahora R. Pretagostini, "Un motivo nell'Anthologia Palatina", en AA.VV., *III Giornate filologiche 'Francesco Della Corte'*, en curso de publicación.

«No son menos las categorías de hipérbole en defecto [que las categorías de la hipérbole en exceso]

‘[los corderos] apenas se adhieren a sus huesos’

y lo que Cicerón [escribe] en un librito humorístico

‘Vetón llama finca (*fundus*) lo que se podría medir con un tiro de honda (*funda*),

a menos que no se caiga de donde la bolsa de la honda está abierta.’

Pero hay que mantener una moderación también en éso. De hecho, aunque cada hipérbole va más allá de lo creíble, no tiene que ir más allá de la medida, y en ninguna otra manera más que con ésta se llega al mal gusto. Me molesta relatar los muchísimos defectos que derivaron de allí, tanto más que no son nada oscuros y desconocidos. Basta con advertir que la hipérbole miente, pero no tanto que quiera engañar con su mentira. Con mayor razón tenemos que considerar hasta cuánto conviene amplificar lo que no nos es creído. Muy frecuentemente éso llega a la risa: si la consigue, toma nombre de humor refinado, si no, de estupidez».

He referido un amplio trozo porque la cita del epigrama de Cicerón tiene que ser bien analizada en su contexto. El epigrama está citado también por Lorenzo Valla⁸, y de la obra del gran humanista lo retomó Calphurnius, un comentador de Terencio del siglo XV, que, hablando de la palabra *fundus* en su nota explicativa del v. 68 del *Heautontimoroumenos*, reproduce el texto del epigrama de Cicerón⁹; Valla y Calphurnius citan el texto del carmen con una diferencia de la cual nos ocuparemos luego.

Se trata de un carmen agresivo contra un tal *Vetto* (de otra manera desconocido), que ya en su interpretación y traducción implica muchos problemas. Hay seguramente una broma sobre una finca muy pequeña, pero muchos de los detalles son inciertos. Sin embargo, ante todo, quiero definir la tradición epigramática de la cual el carmen forma parte. El tópico del chiste sobre ‘el campo (demasiado) pequeño’ parece más difundido en el epigrama latino que en el griego¹⁰: la broma se encuentra ya en un epigrama de Furio Bibáculo contra el gran gramático Valerio Catón, 1 Morel:

⁸ *De linguae Latinae elegantia*, 6,41, p. 760 s. ed. S. López Moreda, Cáceres, 1999.

⁹ Iohannis Calphurnius Brixienensis, autor de dos ediciones del comentario de Donato a Terencio (1476 y 1477), en las cuales él publicó su comentario al *Heautontimoroumenos*, pues el de Donato a esta comedia falta. Sobre las fuentes de Calphurnius, cf. F. Loeffler, *De Calphurnio Terenti interprete*, Diss. Strassburg, 1882.

¹⁰ En conjunto, cf. F. Brecht, *Motiv- und Typengeschichte des griechischen Spottepigramms*, Leipzig, 1930, p. 97.

*Si quis forte mei domum Catonis,
 depictas minio assulas et illos
 custodes videt hortuli Priapos,
 miratur, quibus ille disciplinis
 tantam sit sapientiam assecutus,
 quem tres cauliculi, selibra farris,
 racemi duo tegula sub una
 ad summam prope nutriant senectam.*

Sobre la misma granja de Catón, cf. 2 Morel

*Catonis modo, Galle, Tusculanum
 tota creditor urbe venditabat.
 Mirati sumus unicum magistrum,
 summum grammaticum, optimum poetam
 omnes solvere posse quaestiones,
 unum deficere: expedire nomen.
 En cor Zenodoti, en iecur Cratetis!*

Hay aquí que considerar que un motivo muy recurrente, por lo menos desde el siglo III a.C., en la epigramática griega y latina es la polémica contra los gramáticos, que a menudo son objeto de chistes por su miserable indigencia: *litterae non dant panem*, aunque tenemos que recordar que la sátira, a veces, es a un mismo tiempo contra la incultura y contra la pobreza de los desafortunados literatos¹¹. En el segundo epigrama de Bibáculo hay un juego de palabras sobre el término *nomen*, que tiene dos sentidos, “palabra” (y la palabras, sus interpretación y etimologías son el centro de la actividad de un gramático) e “hipoteca”, el único nombre para el cual Catón no pudo encontrar una solución (también Catulo hace un chiste, en su c. 26, sobre una modesta casa de campo, *villula*, suya o de su amigo Furio, que está expuesta no a los vientos, sino *ad milia quindecim et ducentos*, «a una hipoteca de quince mil doscientos sestercios»).

El tópico de la ‘finca pequeña’ se encuentra, por otra parte, en un epigrama anónimo latino citado por Carisio (363 B = *inc. aevi Catull. 17 Mor. extractam puteo situlam qui ponit in horto / ulterius standi non habet ipse locum*), que también quiere ilustrar el tropo de la hipérbole por defecto y retoma claramente material mucho más antiguo que el de su época; en este epigrama, en manera más acentuada que en el carmen de Bibáculo, se ridiculiza la pequeñez

¹¹ Cf. G. Mazzoli, “Epigrammatici e grammatici: cronache di una familiarità poco apprezzata”, *Sandalion* 20, 1997, 99-116; Morelli, *L'epigramma ...*, cit., p. 284 s.

del jardín y la hipérbole es gustosa y muy ininteligible. El tópico se presta, evidentemente, a estas exageraciones juguetonas: el carmen se puede confrontar con un epigrama de Lucillio (*Anth. Pal.* XI 249)

Ἄγρὸν Μηνοφάνης ὠνήσατο καὶ διὰ λιμὸν
 ἐκ δρυὸς ἀλλοτρίας αὐτὸν ἀπηγχόνισεν.
 γῆν δ' αὐτῷ τεθνεῶτι βαλεῖν οὐκ ἔσχον ἄνωθεν,
 ἀλλ' ἐτάφη μισθοῦ πρὸς τινα τῶν ὁμόρων.
 εἰ δ' ἔγνω τὸν ἄγρὸν τὸν Μηνοφάνους Ἐπίκουρος,
 πάντα γέμειν ἀγρῶν εἶπεν ἄν, οὐκ ἀτόμων.

el único griego conocido que desarrolla particularmente este tópico: en la finca de Menófane no hay tierra bastante para sepultarlo y, si Epicuro la hubiera visto, “habría pensado que el universo se compone de campos, no de átomos” (v. 6). Más tarde, hay un largo carmen de Marcial (XI 18), donde el poeta se divierte inventando una serie de extravagantes imágenes hiperbólicas:

*Donasti, Lupe, rus sub urbe nobis;
 Sed rus est mihi maius in fenestra.
 Rus hoc dicere, rus potes vocare?
 In quo ruta facit nemus Dianae,
 Argutae tegit ala quod cicadae,
 Quod formica die comedit uno,
 Clusae cui folium rosae corona est;
 In quo non magis invenitur herba,
 Quam Cosmi folium piperve crudum;
 In quo nec cucumis iacere rectus
 Nec serpens habitare tota possit.
 Urucam male pascit hortus unam,
 Consumpto moritur culex salicto,
 Et talpa est mihi fossor atque arator.
 Non boletus hiare, non mariscaae
 Ridere aut violae patere possunt.
 Finis mus populatur et colono
 Tamquam sus Calydonius timetur,
 Et sublata volantis ungue Procnes
 In nido seges est hirundinino;
 Et cum stet sine falce mentulaque,
 Non est dimidio locus Priapo.
 Vix implet cocleam peracta messis,*

*Et mustum nuce condimus picata.
Errasti, Lupe, littera sed una:
Nam quo tempore praedium dedisti,
Mallem tu mihi prandium dedisses.*¹²

Intentamos ahora considerar lo que se puede deducir de estos paralelos epigramáticos. Ya que, como vimos, hay una tradición agresiva contra la pobreza de los gramáticos, se podría pensar que también el Vetón del epigrama de Cicerón es un gramático que tiene una granja chica, como el Valerio Catón de Bibáculo, y ridículamente intenta explicar la etimología del nombre *fundus* con la palabra *funda*. En efecto, hubo unos estudiosos que creían éso: ya una edición de Quintiliano del año 1471 corregía, de manera arbitraria, el nombre *Vetto* por *Varro*, pues se juzgaba muy probable aquí un chiste contra Marco Terencio Varrón¹³; con mayor prudencia, Antonio Traglia, en su edición de los *carmina* de Cicerón, consideraba poco creíble esta enmienda, pues, entre otras cosas, Varrón proponía en realidad una etimología diferente de *fundus* (*Ling. lat.* V 37), o sea de *fundamentum*; pero también Traglia creía que en el epigrama hay un ataque contra un gramático y su desatinada propuesta etimológica¹⁴. Yo pienso que no hay muchos elementos para suponer éso: el chiste tiene su autonomía en el juego de palabras *fundus-funda* sin necesidad de introducir aquí la hipótesis de un extravagante estudio de un filólogo que proponía una etimología de la cual no tenemos otra noticia. Sería difícil, para el lector moderno y, yo creo, también antiguo, integrar todo lo que queda implícito en el dístico (y que sería mucho más oportuno expresar *apertis verbis*): ‘Vetón gramático (pues el tiene una hacienda muy chica) llama granja lo que se puede medir con un tiro de honda’. Si no creemos que el carmen quiere ridiculizar la pobreza de Vetón, sino simplemente su etimología de *fundus*, la broma pierde su color: ésa tendría que significar sólo que, si se acepta la propuesta de Vetón, una granja tiene que ser necesariamente un campo muy chico, nada más que un tiro de honda (o sea, algo como 150

¹² La confrontación del epigrama de Cicerón con *Anth. Pal.* XI 249 y con *Mart.* XI 18 ya se encuentra en H.C. Nutting, “Martial XI,18”, *CW* 25, 1932, p. 96; cf. después E. Courtney, *The Fragmentary Latin Poets*, Oxford, 1993, p. 156. Sobre el carmen de Marcial, cf. N.M. Mc Kay (a commentary by), *Martial. Book XI*, London, 1985, p. 105 s.

¹³ *Apud* Jensonem, Venetiis, 1471. Otra enmienda muy difundida en las *veteres editiones* a cambio de *Vetto* era *vero*: ya Angelo Poliziano la juzgaba errónea y corrigió el texto de su ejemplar de la edición de la *Institutio oratoria* publicada en Milán en 1476 *apud* Antonio Zarotto, reintroduciendo *Vetto* después de una colación del códice *Laurent. Plut.* 46,7 (=F): cf. A. Daneloni, *Poliziano e il testo della Institutio oratoria*, Messina, 2001, p. 52.

¹⁴ A. Traglia (a cura di), *Marco Tullio Cicerone. I frammenti poetici*, Milano, 1967², p. 133 s.

metros), incluso un tiro mal hecho, en el cual la piedra se cae antes de ser arrojada. Además, de esta manera no se podría insertar el epigrama en la tradición, que ya vimos, de ataque satírico *ad personam*, contra personajes que tienen una finca pequeña. Yo creo que el comienzo del epigrama, *Fundum Vetto vocat*, no tiene que ser interpretado como expresión técnica gramatical: hay sólo que confrontar el v. 3 del epigrama de Marcial ya citado (XI 18) *Rus hoc dicere, rus potes vocare?* y se comprende lo que quiere decir el poeta: ‘Vetón tiene la ridícula osadía de llamar ‘hacienda’ a algo que no se puede en ninguna manera definir así’.

Hay estudiosos que siguen otro camino, no suponiendo en el carmen una crítica contra excéntricas etimologías. Soubiran y, más recientemente, Courtney creen que el primer verso no tiene otro sentido que ‘Vetón llama *fundus* a lo que se puede arrojar con una honda (*funda*)’: o sea, la finca de Vetón es tan pequeña que, en realidad, ¡no es nada más que una piedra!¹⁵ El chiste en el segundo verso estaría en una ulterior hipérbole: la granja, o sea la piedra, es una peladilla tan chica que hay que tener cuidado, para que no caiga de la bolsita de la honda¹⁶. Está claro que aquí se habla no del tirabeque moderno que tiene forma de horquilla, sino de la honda antigua. Esta arma tenía una bolsa central (generalmente de cuero) en la cual se ponía el proyectil: ésa se adelgazaba en las dos extremidades, de donde partían las dos largas tiras (o cuerdas) cuyos cabos eran empuñados por el hondero, para girar el arma y lanzar la piedra¹⁷. El segundo verso del epigrama tendría que significar que hay riesgo que el *fundus*-peladilla, al ser tan chico, pueda caerse pasando por el espacio abierto en la parte superior de la bolsa y luego entre las dos bandas, o sogas, de la honda. La interpretación es muy ingeniosa, pero muchos elementos me dejan dudoso. Es verdad que no es imposible una hipérbole tan exagerada: si consideramos los ejemplos epigramáticos que ya vimos, tanto en el epigrama anónimo *inc. aevi Catull.* 17 Morel como en el epigrama de Marcial la extrema pequeñez del campo es subrayada en manera absolutamente inverosímil, y en el epigrama de Lucillio (*Anth. Pal.* XI 249) se llega incluso a afirmar que la granja tiene el mismo, o hasta menor tamaño que los átomos de Epicuro. Pero, ¿cuál es la diferencia entre los *carmina* del anónimo o de Lucillio y el epigrama de Cicerón? En el primero hay seguramente un *aprosdóketon*, un final sorprendente según la mejor tradición epigramática, en el de Lucillio tenemos una *gradatio*, un climax en crescendo pasando de una imagen a la otra, que culmina en la hipérbole del ‘campo-átomo’;

¹⁵ Esta interpretación se encuentra ya en L. Valla, *op. cit.*, *ibid.*: «nisi haec sententia sit, tam parvum illum fuisse fundum, ut funda prehendi et in morem lapidis iaci possit».

¹⁶ Cf. Soubiran, *ed. cit.*, 302; Courtney, *loc. cit.*

¹⁷ Cf. Ch. Daremberg - E. Saglio, *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines d'après les textes et les monuments*, IV, Paris, 1896, s. v. *funda*, 1363-1366.

en el carmen de Cicerón la imagen final resultaría, en la interpretación de Soubiran, mucho más insulsa, sin agudeza epigramática; puesto que ya en el primer verso hay la vertiginosa disminución del tamaño del campo, que se identifica con una piedra, ¿dónde estaría la ulterior exageración? El incidente de que se habla en el segundo verso puede pasar a cada hondero con cada piedra, grande o chica: es verdad que puede ser más probable si el guijarro es demasiado pequeño (o al contrario muy grueso), ¿pero dónde está el chiste y la gradación descendente si decimos que una finca es una piedra de 2 en vez de 5 o 10 centímetros de diámetro¹⁸? Soubiran habla de una «gradation inattendue et savoureuse», pero se da cuenta del problema añadiendo que «sans doute, on jugera l'exagération un peu grosse; mais Quintilien donne cette épigramme comme exemple de hyperbole, et l'accompagne précisément d'une critique indirecte: "mais en cela aussi il faut garder quelque mesure"»¹⁹. Pero, como ya vimos traduciendo el texto, es arbitrario pensar que con la oración *sed huius quoque rei servetur mensura quaedam* Quintiliano quiera hacer una crítica precisamente al epigrama que él mismo cita para ilustrar el tropo. El gran rétor no quiere incluso hablar (*piget referre*) de los graves defectos en el uso de la hipérbole: no creo posible que tome él mismo un ejemplo de aquella 'estupidez' de que puede ser indicio una mala hipérbole (*stultitiae nomen adsequitur*).

La imagen es, en efecto, grosera: el *fundus*, bien inmueble por excelencia, se pone, por causa del solo juego de palabras con *funda*, como proyectil, guijarro volante. El tropo según el cual la piedra representa, también por antonomasia, una modesta extensión de terreno ('[no es un campo], es un guijarro') no parece muy difundido en la literatura latina: no logré encontrar ningún otro ejemplo. Hay otro campo semántico en el cual sería más natural y lógico («plus banal», dice Soubiran) poner la imagen que el poeta usa en el primer verso: el tiro de honda puede ser una unidad de medida. Los editores y comentaristas del epigrama confrontan dos pasajes de Ovidio, *Fasti* III 583 s.

*Illuc [scil. ad agrum quendam] cursus erat [scil. Annae fugienti]. Nec longius
afuit inde / quam quantum novies mittere funda potest*

y *Met.* IV 709 s.

*tantum aberat [scil. fera Ammonis] scopulis [scil. ubi Andromeda posita est]
quantum Balearica torto / funda potest plumbo medii transmittere caeli*

¹⁸ Muchas fuentes antiguas subrayan las modestas dimensiones de los guijarros usados como proyectiles de honda (cf. Liv. XXXVIII 20,1; Veg. *mil.* IV 8 etc.): éstos no pesaban más que medio kilo (cfr. Daremberg – Saglio, *op. cit.*, IV, 1365)

¹⁹ Soubiran, *loc. cit.*

En los dos ejemplos está claro que la expresión ‘un tiro de honda’ significa una distancia muy breve; y tenemos que recordar que en la antigüedad el alcance máximo de un buen hondero podía ser de aproximadamente ciento cincuenta metros²⁰: una finca cuyo lado es tan poco extenso, es verdaderamente chica, para los estándares de los Romanos de época clásica. Más en conjunto, hay que subrayar la frecuencia de la expresión ‘un tiro de piedra (o de flecha o lanza)’, en la lengua latina, para indicar una breve distancia: muchas veces estas expresiones se usan, como es lógico, en ámbito militar, en el sentido de ‘estar expuesto, en el radio de tiro de los enemigos’ (Caes. *Gall.* II 21,3 *quod non longius hostes aberant, quam quo telum adigi potest*; Verg. *Aen.* XI 608 s. *iamque intra iactum teli progressus uterque / substiterat*; Curt. IV 3,8 etc.; interesante el uso de *missio* en Vitruvio en el sentido de ‘distancia estándar de un tiro de flecha u otra arma’, cf. I 5,4; II 9,16; X 16,10), pero a menudo este tipo de expresión se usa también en sentido mucho más lato (Liv. VIII 7,1 *ita ut vix teli iactu ab statione proxima abesset*; Stat. *Theb.* V 361 s. *iamque aberant terris, quantum Cortynia currunt / spicula*; Apul. *flor.* 2 p. 7 Oud. *nec cernere nos nisi intra lapidis iactum valere*, trozo muy significativo; etc.). Aún en nuestros tiempos, expresiones como ‘un tiro de piedra’ en español o ‘un tiro di sasso’, ‘un tiro di schioppo’ en italiano indican una modesta distancia. En suma, yo pienso que en el carmen de Cicerón es más probable que tengamos una especie de irónica y desdeñosa *metatio*, de medición del campo de Vetón (y es casi superfluo recordar aquí que las piedras son los medios más usuales en la antigüedad para señalar los límites de una finca, como hitos). Sin embargo, hay una dificultad lingüística, que creo que no encontré todavía una solución satisfactoria. Los que piensan que el primer verso tiene el sentido que acabo de exponer, no pueden explicar en manera eficaz la construcción empleada: *fundus quem funda mittit*. Hay estudiosos (por ejemplo Traglia) que simplemente confrontan los dos importantes pasajes de Ovidio que ya he citado antes: pero tenemos que observar que en ellos hay una importante diferencia, ya que el verbo *mittere* está unido con el adverbio *quantum*, una *iunctura* por supuesto mucho más clara para expresar la idea de medición de espacio; esta dificultad permanece aun pensando, como hace E. Fleischer en el *Thesaurus linguae Latinae*, que en la locución *quantum mittere* tengamos sencillamente un acusativo *spatii emensi* y por eso podemos confrontarla con el idiomatismo *mittere fundum* en el carmen de Cicerón²¹. Por lo

²⁰ Cf. Daremberg – Saglio, *op. cit.*, IV, 1366.

²¹ Cf. *ThlL* VIII 1161,67 ss., 1164,24 ss. s.v. *mitto* (E. Fleischer).

tanto, Baehrens corregía el primer verso en *quantum pote mittere funda*, sin fundamento²².

Yo creo que hay que tener presente la situación concreta que el poeta presumiblemente describe, o sea, como ya dije, una *metatio* socarrona. Entonces, puede ser útil recordar que *mittere* en la lengua de los *gromatici*, los agrimensores antiguos, tiene a menudo un sentido muy interesante para nuestro contexto: ‘poner (o señalar) el límite de un campo, delimitar’. Un ejemplo, entre otros, es significativo: en el primer *Liber coloniarum*, en la sección dedicada a los *nomina lapidum finalium* hay una expresión como *orthogoneus rectum angulum mittit* (Grom. p. 249,1), o sea ‘el hito *orthogoneus* delimita un ángulo recto (del campo)’. El uso es muy frecuente: *mittere* puede tener recíprocamente como complemento directo el lindero y como sujeto el campo (Grom. p. 337,3 s. *casa quae per u nomen habet ... super se finem mittit*) o el agrimensor mismo (Frontin. Grom. p. 14,17 s. *multi, ne proximae coloniae limitibus ordinatos limites mitterent* eqs.); el sujeto puede ser el *limes* mismo con construcción intransitiva (Grom. p. 305,5 *terminus ... usque ad olivastellum mittit*). El origen de esta especialización semántica tiene que estar en el uso de *mittere* en el sentido de ‘dirigir, conducir’ (cf. Verg. *Aen.* VI 541 ss. *dextera [scil. via] quae Ditis magni sub moenia tendit, / hac iter Elysium nobis; at laeva malorum / exercet poenas et ad impia Tartara mittit*) y por consiguiente de ‘traer, extender, alargar’: Colum. V 6,30 *traduces in proximam quamque arborem mittendae*; Petron. 98,1 *at non servus publicus tam languide agit, sed raptam cauponi harundinem subter lectum mittit omniaque etiam foramina parietum scrutatur*; Petron. 120 v. 87 *aedificant auro sedesque ad sidera mittunt*.²³ Entonces, en la locución *fundus quem funda mittit* el verbo tiene el sentido de ‘extender, traer hasta su límite’, y en fin de ‘poner el linde a’, aun aludiendo a su sentido primero de ‘tirar’, del cual quedan vivas muchas connotaciones semánticas: ‘Vetón llama finca a lo que una honda, con su tiro, podría delimitar en su extensión’, o incluso ‘a lo que una honda podría tirar hasta su lindero’.

Por medio de esta interpretación, el chiste en el segundo verso resulta mucho más elegante. Traglia, del cual ya vimos la interpretación del primer verso, piensa que en el segundo hay un juego de palabras no sólo sobre *fundus-funda*, sino también sobre los usos de *mittere*: según su hipótesis, si en el primer verso la braquilogía *funda mittit fundum* tiene el sentido de ‘la finca se extiende tal como un tiro de honda’, en el segundo el poeta toma la locución *mittere fundum* en su sentido propio, y entonces el campo se pone en efecto, y sólo ahora por primera

²² E. Baehrens, *Fragmenta Poetarum Romanorum*, Leipzig, 1886, *ad loc.* No muy perspicua la enmienda *quod* en vez de *quem* propuesta por M. Winterbottom, “Problems in Quintilian”, *BICS* suppl. XXV, 1970, p. 149.

²³ Cf. *ThLL* VIII s.v. *mitto*, cit., 1167,51 ss.

vez, como piedra, proyectil de la honda²⁴. Eso puede ser: tendríamos aquí una gradación ascendente entre la broma del primer verso y aquella del segundo, con una ulterior e hiperbólica disminución de la extensión de la granja ('el campo es tan ancho como un tiro de honda, mejor aún, cuidado que no se caiga de la honda pues no es más grande que un guijarro de honda'). Sin embargo, prefiero otra interpretación, más congruente con el chiste del primer verso. Si tenemos verdaderamente una medición irónica, lo que puede pasar es que, cayéndose de la abertura de la honda, la piedra vaya a parar a los pies del hondero: una medida mínima, ridícula, pero suficiente para delimitar la finca. Tenemos que recordar el epigrama anónimo *inc. aevi Catull.* 17 que he citado antes: en ése, si se saca un balde de agua del pozo y se lo pone en el jardín, no hay más lugar ni siquiera para estar de pie; una imagen similar tenemos que entender en el carmen de Cicerón, la finca no se extiende mucho más allá de los pies del hondero y con respecto de la idea expresada en el v. 1, el climax sería mucho más eficaz ('tiene una finca que es un tiro de honda, siempre que no sea incluso un tiro mal hecho que se cae delante de los pies').

El sujeto de *exciderit* en el v. 2 del epigrama implica una pequeña dificultad, pues tendríamos que sobreentender algo como *lapis* o términos similares. Baehrens publicaba el texto del v. 2 del epigrama en la forma *ni lapis exciderit qua cava funda patet*²⁵; ya Lorenzo Valla y Calphurnius citan el verso en la misma forma²⁶: es interesante observar que en *Paris. Lat. 7723*, que es el códice de Quintiliano donde Valla anotó sus observaciones, se lee *ni tamen exciderit*²⁷. Para la *constitutio textus*, el texto que Valla propuso no tiene ningún valor, pues *lapis* es aquí simplemente una banalización del *tamen* que nos atestiguan los otros manuscritos de Quintiliano (aunque no en el códice A, muy importante, que omite la palabra). No tenemos que modificar la lección de los manuscritos de Quintiliano: el sujeto implícito de *exciderit* se saca fácilmente del contexto, sobre todo del término *funda* en el primer verso, que a menudo significa en la lengua latina 'tiro de honda' o incluso 'proyectil de honda' (cf. Liv. XXII

²⁴ Traglia, *loc. cit.*

²⁵ Baehrens, *loc. cit.*

²⁶ No tiene ningún sentido atribuir a Calphurnius, como hacen muchos editores, la lección *lapis* en cambio de *tamen*: como ya dije *supra*, por lo que se refiere a su conocimiento del carmen de Cicerón, Calphurnius no depende directamente de fuente antiguas, sino, como en muchísimos otros casos, de la obra de L. Valla, *De linguae Latinae elegantia*, Roma, 1471 (cf. Loeffler, *op. cit.*, 56 s.).

²⁷ Cfr. las anotaciones de L. Valla al texto de la *Institutio oratoria* publicadas por L. Cesarini Martinelli y A. Perosa, Padova, 1996, en particular p. 183. Agradezco al amigo Luca Paretti que colacionó el códice en París.

49,1 *Paulus, quamquam primo statim proelio funda graviter ictus fuerat y Thes. l. Latinae s. v.*²⁸).

Vamos ahora a analizar el difícil problema de la autoría del epigrama. El carmen, en el trozo de Quintiliano, está atribuido a Cicerón, pero el texto presenta una corruptela: en los manuscritos se lee *quod Cicero est in quodam ioculari libello*, que no tiene sentido satisfactorio. La enmienda no sería difícil: hay unos estudiosos que integran *Cicero<nis>* ('aquel chiste de Cicerón que está en un librito humorístico') y otros que tachan la palabra *est* y sobreentenden algo como *scribit* ('el chiste que Cicerón [dejó escrito] en un etc.')²⁹. Hay unos que, como por ejemplo G. Monaco, piensan que esta corruptela es un claro indicio del hecho de que una glosa marginal (*Cicero*) fue mal integrada en el texto, donde en origen, evidentemente, el nombre de Cicerón no figuraba y el carmen estaba citado como anónimo: entonces, un lector de Quintiliano tendría que haber puesto la glosa en el margen atribuyendo el carmen a Cicerón, ya que es el autor más citado por Quintiliano («i regali si fanno ai ricchi», afirma graciosamente Monaco)³⁰. Las dudas entre los estudiosos se hacen muy considerables si pasamos a analizar el texto del epigrama. En el v. 1, el nombre de Vetón (*Vetto*) está medido como trocaico: ésto sería imposible antes de la época de Ovidio, pues no hay ejemplos precedentes de vocal *-o* breve final de nominativo bisilabo con primera sílaba larga (primeros casos: *am. I 8,43 ludunt formosae; casta est quam nemō rogavit; I 11,27 subscribam: 'Veneri fidas sibi Nasō tabellas'*)³¹. Sobre el asunto, hay una vieja tesis de R. Hartenberger (1911), cuyas conclusiones conservan todavía, en sustancia, su validez³². Frente a esta dificultad, los que defienden la autoría de Cicerón piensan que es necesario emendar el nombre *Vetto*: L. Müller y F. Leo proponían corregir *Vettu(s)*, con *-s* caduca³³, mientras que L. Alfonsi corregía, en manera más parecida al texto transmitido, *Vetto(s)*, con desinencia arcaica, que sería más congruente con el 'ambiente rústico' en el

²⁸ *ThL VI 1548,19 ss., 1549,10 ss.* (A Robbert).

²⁹ M. Winterbottom, *M. Fabi Quintiliani institutionis oratoriae libri XII, I-II*, Oxford 1970, p. 478, prefiere esta segunda solución; W. Morel (*Fragmenta Poetarum latinorum*, Leipzig 1927, p. 67) Soubiran y K. Buechner (*Fragmenta Poetarum Latinorum*, Leipzig, 1982, p. 81) prefieren la enmienda *Cicero<nis>*, que propuso ya G.L. Spalding en su monumental edición de Quintiliano (I-IV, Leipzig 1798-1816).

³⁰ Monaco, *loc. cit.* Cf. después S. Mariotti, recensión de E. Courtney, *op. cit.*, en *Gnomon* 70, 1998, 204-209, 208 s. (= *Scritti di filologia classica*, Roma, 2000, pp. 287-296, 295).

³¹ Cf. Soubiran, *ed. cit.*, p. 297; Courtney, *loc. cit.*; Mariotti, *loc. cit.*

³² R. Hartenberger, *De o finali apud poetas latinos ab Ennio usque ad Iuvenalem*, Diss. Bonn, 1911.

³³ L. Müller, *De re metrica*, Hildesheim 1967², p. 414; F. Leo, "Die römische Poesie in der sullanischen Zeit", *Hermes* 49, 1914, 161-195, p. 194 n. 2.

cual se coloca, según el estudioso, el epigrama³⁴. Estas propuestas no tienen mucha probabilidad de acertar en el blanco. El nombre *Vetto* está bien atestiguado en ámbito epigráfico (*CIL* I 1490; II 201 y *passim*) y es también el nombre de una población céltica, establecida entre los ríos Guadiana y Duero (*Nep. Ham.* 4; *Caes. Civ.* I 38 etc.); al contrario, no tenemos ningún testimonio antiguo de un *cognomen* como *Vettus*: entonces, la enmienda estaría injustificada, mejor dicho, no tiene ningún sentido corregir un nombre bien atestiguado, pero no muy conocido como *Vetto*, que no puede ser el resultado de una corrupción textual provocada por una banalización. Yo creo que tenemos que mantener la lección transmitida, pero a pesar de eso no creo imposible que el epigrama sea de Cicerón. En la poesía del I siglo a.C. hubo grandes oscilaciones en la prosodia de la *-o* final: es muy evidente que los poetas cultos estaban adaptándose a usos más y más difundidos del lenguaje hablado, del *sermo*. La tendencia era, sin duda, la de abreviar las *-o* largas finales del nominativo de muchos nombres, de la primera persona singular de los verbos, de muchos adverbios, todas palabras yámbicas o simplemente con final yámbico (según el fenómeno, más general, de la *correptio iambica*). Esta tendencia está más marcada en los poetas de los géneros ‘humildes’, más realistas y parecidos al *sermo*: Catulo, en sus *nugae* en metro lírico, ya usa *volō* y *dabō* (6,16 *dic nobis: volō te ac tuos amores*; 13,11 *nam unguentum dabō quod meae puellae*), típicos del *sermo*, que unos decenios después Virgilio no se atreve a emplear todavía (*Aen.* V 306 *Cnosia bina dabo levato lucida ferro*; VIII 519 y *passim*). Es verdad que la primera vez que está atestiguada la abreviación de *-o* final de palabra espondeica o con final espondeico es, como dije, en la obra de Ovidio, pero la primera vez que tenemos el nominativo de un nombre propio con *-o* final abreviada es en de las sátiras de Horacio (I 10,42 *unus vivorum, Fundani, Polliō regum*), en palabra crética³⁵; el primer libro de los *Sermones* de Horacio se data en 30 a.C., solamente unos años después de la muerte de Cicerón. Yo creo que en el epigrama (o también en la sátira) la experimentación de estas formas del *sermo cotidianus* tenía que ocurrir antes que en los otros géneros literarios: la tendencia a un lenguaje más realista (no más ‘rústico’, como creía Alfonsi) se puede reconocer en nuestro epigrama, si mi interpretación no es errónea, ya en el uso ‘técnico’ de *mittere*. Creo que no es necesario confrontar los usos de Cicerón en otros géneros poéticos: la tradición

³⁴ L. Alfonsi, “Sull’epigramma di Cicerone”, *RFIC* 94, 1966, p. 302 s.

³⁵ Aún más extraña que la pronunciación abreviada de la *-o* de *Pollio* es la sinalefa que hallamos en Verg. *Ecl.* 3,84 *Pollio amat nostram, quamvis est rustica, Musam* (cf. 86 y 88); la sinalefa de vocal larga seguida de sílaba breve es muy poco frecuente en la poesía de época augústea, si bien la importancia del nombre de Pollio podía haber inducido a Virgilio a esta insólita solución.

del género epigramático es diferente, el *sermo* tiene un papel mucho más importante, y Cicerón es un autor que sabe escribir también en este registro.

Otra duda sobre la autoría es expresada por Soubiran³⁶. En el epigrama hay unas locuciones que se parecen a *iuncturae* de Ovidio: como ya vimos, *quem possit mittere funda* es muy semejante a *Met.* IV 709 s. *quantum ... / funda potest plumbo medii transmitters caeli* y (sobre todo) a *Fasti* III 584 *quam quantum novies mittere funda potest*; se puede añadir que *ni tamen exciderit* se parece a *Met.* XII 105 *num tamen exciderit ferrum considerat* [scil. *Achilles*] *hastae*. Soubiran concluye que tenemos que preguntarnos si estos *loci similes* son casuales o bien son indicios de que el epigrama es posterior a Ovidio. El argumento es agudo y, yo creo, más serio que los demás. Está claro que los contextos de Ovidio y del epigrama de Cicerón son muy diferentes, pero no es este el problema: la memoria literaria funciona a menudo con *clichés* tomados de los grandes autores, se diría automatismos de escritura que se activan en circunstancias muy diversas. Sin embargo, se puede decir que el indicio no es suficiente para desmentir la explícita atribución a Cicerón en el texto de Quintiliano: las expresiones que analizamos son bastante genéricas (sobre todo aquella en el primer verso, que se encuentra en manera casi idéntica incluso en prosa: cf. *Liv.* XXXVIII 20,1 *ingentem vim ... modicorum, qui funda mitti possent, lapidum*) para que se pueda pensar como más probable una fortuita coincidencia entre el epigrama de Cicerón y los versos de Ovidio.

En resumen, la autenticidad de dos de los tres epigramas de Cicerón (2 y 3 Soubiran) me parece segura; menos sólidamente establecida, por el peso global de los indicios contrarios, está la autoría del carmen 1 Soubiran, que resulta, sin embargo, muy probable. El epigrama muestra otro aspecto del humorismo de Cicerón, un chiste *ad personam*, sin los aspectos políticos que vimos antes en el carmen 2, contra el cónsul Caninio. De cualquier modo, los dos epigramas se insertan muy bien en un clima cultural de bromas políticas y de ataques guasones que promueve el gran florecimiento del epigrama satírico en Roma en la tardía edad republicana. El chiste sobre la ‘finca pequeña’ o la ‘finca pobre e hipotecada’ será muy difundido también en la época de Lucillio y de Marcial, pero es bien conocido ya en este periodo (recordamos los epigramas de Furio Bibáculo y el c. 26 de Catulo); en conjunto, el ataque agresivo contra la pobreza es motivo ya del epigrama satírico griego, pero es muy grato también al gran poeta epigramático contemporáneo de Cicerón, Catulo (cf. c. 24 y el mismo c. 26). Entonces, en los *carmina* 1 y 2 Soubiran hay asuntos típicos del epigrama romano contemporáneo, tal como en el carmen 3, de argumento erótico. Es una época en la cual el género ya tiene en Roma su marcada autonomía: los chistes

³⁶ Soubiran, *ed. cit.*, p. 302.

agresivos y las temáticas eróticas tienen a menudo su origen en motivos del epigrama griego (sobre todo de Meleagro y su época), pero están reelaborados y readaptados a las exigencias de la sociedad culta romana, hasta lograr una fisonomía propia. En este contexto, no tiene sentido hablar de temáticas y registros estilísticos ‘romanos’ de una parte y ‘helenísticos’ de la otra: como dije, hay continuas influencias griegas y continuas variaciones de los motivos, y hay ya una importante tradición romana que tiene más de un siglo, desde los epigramas de Enio en adelante. Se trata a menudo de *carmina* ‘de consumo’, que tienen una circulación por vía oral en ámbitos sociales más o menos amplios: pero la costumbre de publicar *libelli* epigramáticos, colecciones y antologías de breves poemas de uno o de varios autores, tenía que ser difundida, y no solamente en los círculos de vanguardia, como por ejemplo el de los neotéricos. Si la noticia de un *liber iocularis* en el texto de Quintiliano es verdad, tenemos un testimonio precioso de esta moda cultural. No conocemos las características de este *libellus*. En rigor, la obra puede ser de época posterior, de edad julio-claudia o incluso contemporánea de Quintiliano, aunque ésto es improbable, pues el libro no tenía que ser muy conocido en este periodo (en manera muy vaga e inexacta lo cita Quintiliano; Plinio el joven, como dije, no lo cita en la ‘apología’ que el hace de su pasión por los epigramas y la poesía ligera, *Epist.* VII 4, y recuerda simplemente el epigrama que ha leído en la obra de Asinio Gallo). Muy probablemente, es un libro de epigramas publicado durante la vida de Cicerón o poco después, que no encontró gran difusión: no se puede decir ni siquiera si era un libro de Cicerón solo o una antología de diferentes autores. Quizás la moda de los *libelli* epigramáticos no dejó indiferente ni siquiera al gran *orator* de Arpino, sobre todo si se trata de un librito humorístico, una colección de *facetiae* que se relaciona con una antigua tradición, si se piensa en los divertidos versos epistolares ya del consul Spurio Mummio hacia el año 146 a.C., que Cicerón mismo nos atestigua (*ad Att.* XIII 6,4 *epistulae versiculis facetis ad familiaris missae*); y en conjunto no es necesario hablar mucho sobre la pasión de Cicerón por lo *familiaire et iocosum*³⁷. Si el librito, por el contrario, es posterior a la época de Cicerón, tenemos un testimonio de la fortuna incluso de su obra ‘mínima’

³⁷ Los chistes de Cicerón estaban recogidos en una obra de *facetiae*, que quizás el mismo Cicerón, o su liberto Tirón, compuso (cf. *Cic. Att.* VII 32,1 y *Fam.* XV 21,2; *Quint.* VI 3,5; *Macr. Sat.* II 1,12); el epigrama I Soub. no puede ser sacado de allí, ya que Quintiliano conoce muy bien esta obra y, citándola a menudo en su sección *de risu* (VI 3: cf. G. Monaco, *Quintiliano. Il capitolo de risu (inst. Or. IV 3)*, Palermo, 1970, p. 18), no podría indicarla en manera tan vaga en el pasaje que analizamos (*in quodam ioculari libello*). F. Leo, *loc. cit.*, piensa que el carmen puede ser sacado de la obra *de urbanitate* de Domicio Marso, que la tomaría a su vez de la biografía de Tirón.

pocos años después de su muerte, igual si se trata de un libro de él o de una antología en la cual se insertaron unos *carmina* suyos para ‘ennoblecirla’.